

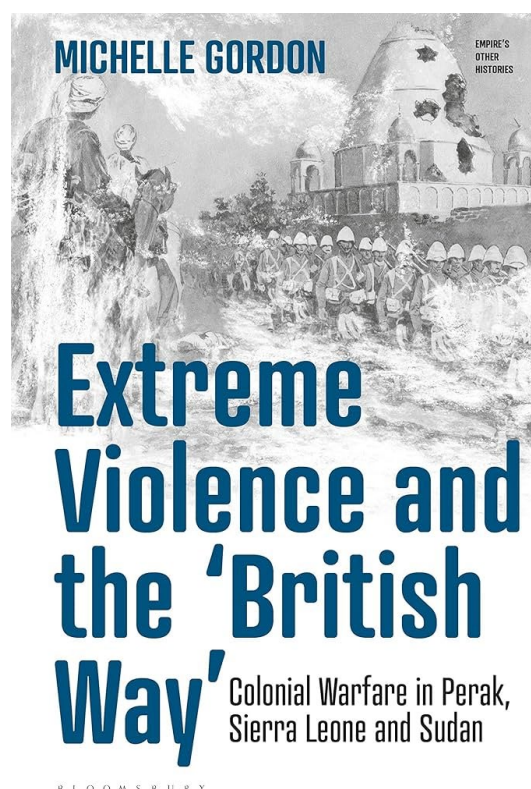
Michelle GORDON: *Extreme Violence and the 'British Way': Colonial warfare in Perak, Sierra Leone, and Sudan*, Londres, Bloomsbury Academic, 2020, 258 pp., ISBN 978-1-350-15688-3.

Alba Llavina Ros
Universitat Autònoma de Barcelona

Cuando la excepción deviene norma: guerra y violencia extrema en los márgenes del poder imperial británico.

En *Extreme Violence and the 'British Way'*, primera monografía de la autora fruto de su tesis doctoral defendida en 2017 en la Universidad de Londres¹, Michelle Gordon explora las similitudes entre las campañas coloniales de los británicos y sus aliados en los márgenes del imperio británico, y analiza las actitudes brutalizadoras que acabaron por definir la violencia colonial especialmente en la segunda mitad del siglo XIX. La tendencia en la historiografía del imperio británico e incluso de la violencia colonial ha sido la de eludir o minimizar su naturaleza violenta, por ello, el libro está organizado en torno a tres estudios de caso que ilustran cómo la violencia extrema fue no solo una respuesta ocasional, sino una herramienta sistemática en la estrategia colonial británica. Gordon demuestra cómo las prácticas militares empleadas en estas campañas no solo se justificaron bajo el manto de la "civilización" y el "progreso", sino que se integraron en una lógica imperial de control y dominación.

El libro se divide en cinco secciones, una introducción donde se analiza el lugar de la violencia colonial en la historiografía del imperio británico y los estudios sobre genocidio; a continuación, se presentan los tres estudios de caso; y, finalmente, en el capítulo final discute si existió un *british way* de contrainsurgencia, así como su



¹ Michelle GORDON: *British Colonial Violence in Perak, Sierra Leone and the Sudan*, Tesis doctoral, Royal Holloway, Universidad de Londres, 2017. Recientemente también ha publicado en formato artículo la continuación natural de su tesis con la inclusión de un estudio de caso más, el de la guerra de los Boxers (1900-1901), Michelle GORDON: “«Un barniz sobre el salvajismo»: prácticas británicas de extrema violencia en China, 1900-1901”, *Ayer* 134/2, 2024, pp. 81-110.

relevancia para la comprensión tanto de la violencia europea como colonial, situando así la violencia colonial dentro de un marco más amplio de violencia extrema en Europa. En lugar de examinar las campañas de forma individual, en clave de batallas, nos da una visión global de políticas de conquista y ocupación, de *warfare* y motivaciones. En cada capítulo establece unas últimas páginas de conclusiones y recapitulación, por lo que su lectura es ágil.

Para el caso de Perak (1875-1876), Gordon examina la campaña militar resultante de la represión tras el asesinato de James Birch, un residente británico, que se materializó en una exhibición de poder con políticas de castigo colectivo y el uso desproporcionado de la fuerza, como es visible en la destrucción de aldeas y desplazamiento forzoso de comunidades enteras. En el capítulo dedicado a Sierra Leona (1898-1899), la autora analiza la guerra derivada de la supresión de la “Hut Tax” como ejemplo paradigmático de radicalización británica ante la resistencia local sofocada mediante la aplicación de una violencia sistemática y medidas punitivas que marcaron la estructura social local de las comunidades durante las décadas siguientes. Con el caso de la reconquista anglo-egipcia de Sudán (1896-1899), Gordon explora la confrontación con el mahdismo y la construcción, deshumanización de los enemigos y justificación de una acción en extremo violenta en nombre de la civilización. Sin embargo, como remarca en las conclusiones del capítulo, este caso va más allá de la escala de violencia de los capítulos previos. Las campañas de Kitchener destacan por su brutalidad. En este sentido, Gordon apunta que, pese a que no fueron genocidas, este caso demuestra el potencial genocida, ya que la violencia de la campaña de reconquista de Kitchener es evidente que fue un *continuum* de violencia, que podría extenderse hasta devenir genocida.

Aunque el argumento principal de Gordon, el que con esta obra pretende poner la violencia en el centro de la historia del proyecto imperial británico, podría parecer que no ofrece algo sustancialmente nuevo², podemos afirmar que ofrece una perspectiva y metodología renovada, ya que, como dice la propia autora, con el objetivo central de demostrar cómo el Imperio Británico contribuyó a un marco de violencia más amplio. Las campañas escogidas, cuyos criterios de inclusión responden a diferentes cuestiones que se verán más adelante, destacan por ser *small wars*, que a menudo han tendido a ser ignoradas. Con ello, tiene el potencial de aportar la perspectiva de casos que no por ser menos conocidos fueron menos extremos y destacar su potencial genocida, especialmente por las fuentes en las que se basa, como prensa, documentos parlamentarios británicos y relatos de combatientes.

² Entre otros autores que han resaltado la omnipresencia de la violencia británica en diferentes escenarios coloniales: Taylor C. SHERMAN: *State Violence and Punishment in India, 1919–1956*, Londres, Routledge, 2012; Mark CONDOS, *The Insecurity State: Punjab and the making of colonial power in British India*, New York: Cambridge University Press, 2017; Philip DWYER y Amanda NETTELBECK (eds.): *Violence, Colonialism, and Empire in the Modern World*, Cham, Palgrave Macmillan, 2018.

En este sentido, Gordon examina cómo las actitudes y estrategias de los actores coloniales sustentaron campañas marcadas por la brutalidad sistemática y justificadas ideológicamente bajo un discurso civilizador. En base a la literatura del genocidio -en la que la violencia colonial no suele cuadra-, destaca cómo los británicos estaban dispuestos a usar violencia extrema en clave de prevención y de mantenimiento del control colonial. La obra analiza los métodos de esta violencia contra población combatiente y no combatiente utilizada de forma rutinaria y preventiva en todo el imperio: saqueos, tácticas de tierra quemada, destrucción de cultivos, ejecuciones sumarias, expediciones punitivas y represalias colectivas, "dividir y gobernar," hambrunas inducidas o represalias colectivas. Con ello, incide en el corazón de las tendencias en los estudios dedicados a los perpetradores de violencias de masas, señalando los contextos de la perpetración más allá de las directrices emanadas de las cadenas de mandos, y cómo los actos de violencia extrema fueron cometidos por soldados británicos y aliados profundamente influenciados por la contingencia.

También destaca entre el resto de aportaciones al estudio de la violencia colonial británica su punto de partida provocador, ya que plantea transferencias y aprendizajes de estas campañas en clave de violencia, perpetración y genocidio por parte de la sociedad europea más allá de finales del siglo XIX. En este sentido, la violencia colonial británica sería una parte importante de la violencia que "volvía a casa" en el siglo XX. De este modo, se inserta de pleno en el debate por antonomasia en la historiografía europea de la violencia colonial, el de las transferencias de esta a los territorios metropolitanos, el boomerang imperial de Foucault y Hannah Arendt, y que aún sigue vivo a través de propuestas en cierto modo antagónicas como las tesis continuistas de I. Hull, D. Stone y J. Zimmerer y las más rupturistas de R. Gerwarth y S. Malinowski³. Gordon, con su obra, dota de empirismo el debate, aunque sea a través de casos que podrían considerarse marginales, y muestra cómo estas acciones en extremo violentas no solo respondían a objetivos inmediatos, sino que también prefiguraban formas de violencia extrema empleadas en otras latitudes en el siglo XX. Con ello, argumenta que la violencia colonial británica contribuyó a un legado más amplio de brutalidad en Europa, una suerte de "retorno a casa" de prácticas coloniales que pudieron llegar a sentar precedentes en la perpetración de crímenes de masas.

Un elemento que destaca en el propio título y que es una de las grandes aportaciones de la obra es la idea del *british way*, una idea que surge inicialmente de un libro escrito en 1932 por Sir Basil Henry Liddell Hart.⁴ Aunque Liddell Hart se centra

³ Isabel V. HULL: *Absolute Destruction: Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany*, Ithaca, Cornell University Press, 2006; Jürgen ZIMMERER: *Von Windhuk nach Auschwitz?: Beiträge zum Verhältnis von Kolonialismus und Holocaust*, Berlin, Christoph Links Verlag, 2011; Robert GERWARTH y Stephan MALINOWSKI: "Hannah Arendt's Ghosts: Reflections on the Disputable Path from Windhoek to Auschwitz", *Central European History* 42/2, 2009, pp. 279-300.

⁴ Sir Basil Henry LIDDELL HART: *The British Way in Warfare*, Londres, Faber & Faber, 1932.

principalmente en sus experiencias en la Primera Guerra Mundial, sin abordar realmente la idea de la guerra irregular o de “guerras pequeñas”, la autora destaca la noción de que las naciones tienen un carácter militar *particular*. Ciertamente ha sido utilizada recientemente en la historiografía para analizar diferentes aspectos de la historia militar británica, incluyendo esta noción de un modo británico; la novedad de la obra es la de aplicarlo al siglo XIX y en sus márgenes⁵. Sin embargo, una revisión bajo ópticas renovadas de estas operaciones de contrainsurgencia y descolonización permiten contradecir la visión de un modo británico moderado. Gordon hace su aportación en su definición desde las guerras coloniales del XIX, de las llamadas *small wars*, con el objetivo de analizar hasta qué punto podemos hablar de un modo británico en estas guerras, en términos de praxis específicas utilizadas.

En su intento de responder afirmativamente a su existencia, analiza los tres estudios de caso, complejos en sí mismos. Cada uno representa un contexto único dentro del imperio británico, en diferentes etapas del colonialismo y en contextos muy diferentes relacionados con los objetivos británicos y el grado de formalidad de la colonización en estas regiones. Cada caso presenta soluciones diferentes para lograr los objetivos imperiales, pero en última instancia, todos recurren a una variedad de métodos de extrema violencia para alcanzarlos. Estas guerras comparten la característica de encajar en el concepto de “pequeñas guerras” de C. Callwell, y se centran en la idea de guerra irregular: combate, represión de insurrecciones, imposición y mantenimiento del orden y conquista.

Uno de los elementos que destacan de su obra son las conclusiones a las que llega a partir del análisis de los guarismos, tanto en efectivos involucrados como en bajas, previsiblemente desiguales. Incluso en un conflicto pequeño como en Perak, que involucró a solo 300 combatientes indígenas, se usaron tácticas como el bloqueo de áreas locales y la hambruna forzosa de la población. Esto le sirve a Gordon para mostrar cómo, independientemente de la escala de resistencia local, los británicos recurrían a un repertorio de tácticas violentas para lograr sus objetivos. Así, el término *small wars* no denota el tamaño, sino el tipo de guerra: una ampliamente irregular y asimétrica.

Otra de las aportaciones de valor de la obra es la centralidad de los procesos de toma de decisiones, que llevaron a la comisión de las violencias de masas, incluyendo la importancia de la comunicación entre Londres y las periferias. Nos muestra las tensiones que marcaron la relación entre la Oficina Colonial y los “hombres sobre el terreno,” y cómo las acciones de estos últimos contribuyeron significativamente al estallido y escalada de violencia, particularmente evidente en los casos de Perak y Sierra Leona. Por ejemplo, las decisiones de los gobernadores, el teniente general W. Jervois y el coronel F. Cardew, contradijeron el enfoque moderado de la Oficina Colonial (p. 111). Gordon

⁵ Sobre todo, si tenemos la especial relación de la idea de un “modo británico” de contrainsurgencia con la participación británica en Palestina, Malasia y Kenia entre las décadas de 1940 y 1960.

señala acertadamente que, aunque el Oficina Colonial frecuentemente favorecía un enfoque menos duro de control colonial, y que las medidas de violencia extrema continuaron con poca acción desde Londres -aunque no con inacción (p.115)-, ya que el objetivo principal seguía siendo el mantenimiento y expansión del Imperio Británico. Ciertamente, las praxis violentas ejemplarizantes usadas en el *warfare* colonial británico subrayan la naturaleza contradictoria del Imperio, ya que hubo momentos en que Londres tenía objetivos que distaban a los de las colonias.

El libro también nos ayuda a comprender los puntos comunes entre las tres guerras, a pesar de parecer casos completamente distintos en la esfera colonial, y uno de ellos es que, en los tres casos, los prejuicios raciales alimentaron y justificaron la violencia colonial británica. Por ello, se examina cómo estos, junto a la defensa de una "misión civilizadora" británica y la supuesta superioridad racial británica influyeron en las decisiones de los administradores coloniales sobre el terreno. La construcción del enemigo indígena, modeló y justificó los modos de violencia empleada, ya que se les veía indignos de ser combatidos por métodos regulares propios de la guerra entre civilizados.

En línea con las tensiones entre tropas y actores políticos en la metrópolis, los hombres sobre el terreno manejaban cierta impunidad que emanaba de las propias ideas de inferioridad racial. Pese a intentos de rebajar escaladas de violencia, no se conseguían detener, como nos muestra con el caso de la profanación en Sudan de la tumba del antiguo Mahdi Muhammad Ahmad: decapitaron su cadáver, usaron balas *dum-dum* e indujeron a hambrunas, hechos que respondían en modo justificativo a la supuesta "barbarie" local. En casos como estos, la autora identifica como posibles catalizadores de la brutalidad desplegada la recaudación de impuestos, el acceso a materias primas y consolidación del poder colonial, pero también destaca las reinterpretaciones y justificaciones en clave de incivilización. Es decir, el pragmatismo económico se reviste de justificaciones civilizatorias.

En cuanto a desafíos metodológicos, Gordon subraya las limitaciones no solo en la historiografía, sino también de las fuentes británicas, que reflejan una mirada eurocéntrica de quienes las elaboraron y justificaron la violencia bajo nociones de progreso y civilización. La obra revisita narrativas imperiales tradicionales desde un enfoque que combina las fuentes de archivo con un análisis teórico de la violencia, y con ello, enriquece y se sitúa en una posición preminente en los debates que siguen vivos en la historiografía imperial, de la violencia colonial, lógica colonial del genocidio y de perpetración, situando la británica en un marco más amplio de violencia global y genocida.

Ciertamente, tanto la tesis que le dio origen como el libro en cuestión desafía los relatos hegemónicos que tienden al blanqueamiento de la violencia imperial británica, especialmente visibles en las fechas de publicación, en contexto de las campañas anteriores y posteriores al Brexit. El capítulo final de *Extreme Violence and the 'British Way'* ofrece un compendio de las principales aportaciones, y es donde especialmente pone de

relieve las leñosas raíces y continuidades de la brutalidad de las praxis del imperio británico y su impacto en la contemporaneidad. Como apunta Gordon, hubo modos de hacer bélicos que fueron dándose de forma progresiva en Europa en el siglo XX, y más allá de ser producto de una transferencia de conocimiento en una sola dirección, de las colonias hacia la metrópolis, fue el resultado de la interacción entre ambas esferas. A pesar de las limitaciones en la propia naturaleza de los estudios de transferencias, ofrece una base sólida para futuras investigaciones en este campo, que son plenamente necesarias para explorar las transferencias y conexiones entre la violencia colonial -británica y de otros espacios- y la brutalización y escalada de violencia a nivel intraeuropeo en el siglo XX.